

PYRENAICA

grupo de ovejas que parece que nos han «pisado» la idea. Son las 5 y hasta las 7 no veremos asomar el astro Rey sobre el vértice del Anie. La ropa y el coñac resultan insuficientes.

Lenta, imperceptiblemente, aquella sombra más oscura del firmamento que son los grandes picos de Belagoa, empieza a perfilarse, adquiriendo relieve y color mientras la luminosidad aumenta. Por detrás identificamos ya el Midí y Collarada.

Una a una la varita mágica del día, enciende en un estallido de luz y color a las cumbres pirenaicas. (Y no sin envidia, ya que la nuestra será de las últimas). Junto con Febo vuelve la luz y el calor a la vida, a las montañas que van surgiendo gradualmente de la noche. Trozos de ella se agazapan en el fondo de los valles, en desesperada y vana lucha contra la luz.

Pero a la vez que crece la luz ha crecido el frío. La poesía del monte está empañada por la falta de unos jerseys de refuerzo. Con las mochilas puestas y dando saltos, aguardamos a que se redondee el luminoso disco sobre la cumbre del Anie. Acto seguido emprendemos veloz descenso para entrar en calor. En el collado de Lapatía parada de homenaje al estómago. Bajamos luego a la borda de Garcés en Minchate y largo paseo por el estrecho y pintoresco valle. El camino se hermana en tal grado con el arroyo, que parece broma, pues ya no sabes cual es cual. Rincones de indiscutible belleza. Pinares frondosos. Unas bordas y un balneario abandonado. Explotación forestal. La tajante y bella faz de Minchate y desembocamos en la carretera. Isaba y el viaje de vuelta con mucho sueño.

COMENTARIOS Y DISQUISICIONES

Por DANIEL J. BIDAURRETA

Desde que el hombre primitivo construía sus poblados sobre los lagos de las montañas, éstas habían sido consideradas como lugares de horror, «no aptas para el uso de los hombres», según decían invariablemente con precisión clásica los geógrafos romanos. Las montañas dificultaban las comunicaciones en el Imperio y oponían su barrera a la expansión de la cultura. Los griegos apenas se fijaron en ellas; quizá porque adoraban la belleza hecha canon y la montaña es la belleza informe, de cánones que escapaban a su mentalidad; de vez en cuando encontramos en ellos alguna nota admirativa, pero nada más:

Cuando Zeus el flamígero
despeja de nubes negras las excelsas cumbres
aparecen altísimos picachos...

El hombre aprendió drante siglos a soportar su vecindad, sin que nunca les dirigiera una mirada de curiosidad o asombro. Si tenía que cruzarlas era bien a su pesar, y para ello tomaba las laderas menos empinadas y los collados más abrigados; las cruzaba siempre deprisa y con paso temeroso. No se detenía nunca a contemplar los eternos glaciares ni intentaba oír su silencio expresivo; el estruendo del torrente le sobresaltaba el corazón. Todo aquello era lugar peligroso, morada de espíritus malignos que gustaban de atemorizar al desprevenido viajero que se internaba en sus soledades. Los peregrinos que iban a Santiago se alegraban cuando divisaban la tierra llana. Atrás quedaban los pasos pirenaicos; a la nieve de Roncesvalles sucedían la luz y los campos florecientes de Puente la Reina, y a los robles de Ibañeta los olivos retorcidos de tierra Estella.

Decididamente era mucho mejor la llanura donde los humanos conviven, se encuentran caminos espaciados libres de nieve y los cultivos prosperan. En las altas montañas todo es horror: la nieve cae incesante y las tiene cubiertas todo el año. A veces se desprenden enormes aludes que sepultan durante meses los caminos, arrancando piedras y árboles... formando un estruendo horrisono que luego multiplican los espantables abismos. Cierta es que siempre existieron unos pocos que se aventuraban solos más allá del límite de las nieves perpetuas. Buscaban cristales de cuarzo u otras piedras llamativas que luego vendían; o eran cazadores que sin más equipo que su